Todas las provincias de la antigua Galia ofrecen gran número de monumentos epigráficos del mismo género. En Tréveris tenemos el epitafio del subdiácono VERSINIANO, que también había sido asociado á la sepultura de los mártires patronos de esa ciudad, *qui mervit sanctorum sociari sepvlcris* (Le Blant, t. I, página 396).

Varias cristianas de Colonia y de Ratisbona son llamadas del mismo modo SOCIATÆ MARTYRIBUS, MARTYRIBUS SOCIATÆ (ídem, ib. íd., página 472).

Los ilustres mártires de Lyon debían, con sobrada razón, inspirar á los habitantes de esta ciudad igual confianza, como lo prueba el haberse encontrado, agrupados alrededor de ellos, numerosas tumbas, siendo la más conocida la de Flavio Florino, que POSITVS EST AD SANCTOS, como testifica su epitafio, descubierto en 1736 entre las ruinas de la iglesia de San Justo, y que copiamos de la sabia obra de M. de Bossieu (Inscr. Lyon, pág. 553):

FLAVIUS FLORI.
EX TRIBVNIS QUI VIXIT
ANNOS OCTOGINTA ET
SEPTIM MILITAVI ANNI
TRIGENTA ET NOVEM POSITV
EST AD SANCTOS ET PRO
BATVS ANNORVM DECIM
ET OCTO HIC COMMEMO
RA... SANTA N ECLESIA
LVCDVNENSI A
ID CALENDAS AVG

En Tours, el obispo San Perpetuo, de quien San Gregorio nos ha conservado el curioso y edificante testamento, quiso que su cuerpo fuese enterado á los pies de San Martín, ANTE PEDES MARTINI, como lo declara su epitafio, citado en el mismo trabajo del autor de la *Historia de Francia* (Greg. Turon. *Append. ad opp.* Edit. Migne. pág. 1152). El mismo historiador refiere que Avito fué inhumado en Brionde á los pies de San Julián (Greg. Turon. *Hist. Franc.*, II, XI); Santa Eustilia, virgen y mártir, lo fué cerca del sarcófago de San Eutropio en Saintes (*Martyrol. Gallic.*, tomo I, pág. 296). «Su cuerpo virginal, dice Andrés de Saussay (ib. íd.), vaso que contuvo un alma purísima, fué llevado, por la discreta solicitud de los fieles, junto á la tumba de San Eutropio, de quien ella había recibido el primer alimento piadoso, y á quien ella veneraba»; *Cujus corpusculum purisimæ mentis vasculum tumulo sancti ipsius Eutropii a quo pietatem hauserat, fidelium occulta sollicitudine illatum, magna cum eo claruit veneratione.*

Cuando San Hilario de Tolosa hubo colocado en modesto edificio los restos de su predecesor San Saturnino, gran número de cristianos quisieron ser enterrados cerca de esta santa sepultura, con el fin, dicen las actas (Ruinard. edit. Veron. pág. 111), de procurarse un consuelo con la vecindad del cuerpo del martir, *pro solatio propter corpus martyris;* y como en poco tiempo se llenara de cadáveres aquel sitio, *cum locus omnis tumulatorum corporum multitudine fuisset impletus*, el obispo San Silvio hizo construir una suntuosa basílica para contenerlos.

Otros muchos ejemplos podríamos todavía citar respecto á Francia, en Clermont, Vienne, Vaison, Arlés, etc. (véanse en la obra de M. Le Blant las inscripciones 557, 412, 492, 528).

III. Por más virtuoso, sin embargo, que en sí mismo fuese el sentimiento que guiaba en esto á los fieles, se comprende que llegara á la exageración, y que la Iglesia debió oponer prudentes dificultades, lo mismo á la sepultura en las catacumbas, que en las basílicas. San Dámaso, tan celoso por conservar y sostener en buen estado los monumentos primitivos, había ya previsto estos abusos, en una época en que la costumbre citada estaba tan en auge como en su origen. Además, aunque su devoción lo inclinase á reunir sus cenizas con las de los Papas sus antecesores, renunció á ello, sin embargo, por respeto, y más todavía, sin duda, por el temor de autorizar con su ejemplo una tan censurable costumbre: así nos lo manifiesta él mismo en su epitafio, inscrito en la cripta de los Papas en el cementerio de Calixto:

HIC FATEOR DAMASVS VOLVI MEA CONDERE MEMBRA
SED CINERES TIMVI SANCTOS VEXARE PIORVM.

«Aquí había querido, yo Dámaso, lo confieso, sepultar mis restos, pero temí turbar las veneradas cenizas de los Santos.»

Razón tenemos en creer que el consejo, aunque indirecto y moderado en la forma, no fué inútil, y que contribuyó á contener en límites justos un celo en que la vanidad podía, á veces, tener tanta parte como la devoción. En efecto, una inscripción de 381, es decir, de la misma época de San Dámaso, nos prueba que la sepultura AD SANCTOS se concedía como excepcional favor, que difícilmente se obtenía, «favor que muchos desean y que pocos consiguen»; se trata de una mujer cristiana que había sido admitida *Intra limina sanctorum* ACCEPIT ‖ *quod multi cupiunt et* ‖ *rari accipiunt.* (De'Rossi, *Inscr. christ.*, t. I, n. 319.)

El epitafio de Sabino, arcediano de la Iglesia romana probablemente en el siglo V, encontrado hace poco en la primitiva basílica de San Lorenzo, *in agro Verano*, expresa que había renunciado ese honor por humildad. Declara que, aunque en su calidad de primer ministro del altar, unido hubiera estado durante su vida á la Sagrada Mesa, ha querido, no obstante, ser enterrado fuera de la puerta de la iglesia, censurando la inconveniente costumbre de los fieles de querer hacerse sepulturas en contacto material con los cuerpos de los mártires. «Imitando sus virtudes, dice, es como debe procurarse la unión con ellos, más bien que por la situación de las sepulturas.»

NIL IVVAT IMMO GRAVAT TVMVLIS HÆRERE PIORVM
SANCTORVM MERITIS OPTIMA VITA PROPE EST.
CORPORE NON OPVS EST ANIMA TENDAMVS AD ILLOS
QVÆ BENE SALVA POTEST CORPORIS ESSE SALVS.

Desde entonces, dice el sabio autor de la *Roma subterránea cristiana* (ib. íd.), el fin que se perseguía en la sepultura subterránea no era otro que continuar con regularidad el sistema de excavaciones en los primitivos cementerios; pero queriendo cada cual procurarse una tumba lo más cercana posible á las criptas de los mártires, es natural que ese deseo haya tropezado cada día con dificultades más insuperables, y que la costumbre de las sepulturas subterráneas haya sido poco á poco abolida por la autoridad eclesiástica.

ADVIENTO (Adventus). — La palabra *Adviento* se tomaba primitivamente por el día mismo de Navidad, en que se celebra el advenimiento del Señor, *adventus Domini*. Sólo desde el siglo VII se ha empleado para designar el tiempo destinado á prepararse para la celebración de esa fiesta. Las homilías de San Cesáreo y de San Máximo de Turín, que parecen tener por objeto lo que llamamos hoy el tiempo del Adviento, no han sido dadas más que para preparar á los pueblos á celebrar dignamente el nacimiento del Salvador. Pueden verse estas últimas en el *Musæum Italicum* de Mabillon (*Homil. S. Maxim. episc. Taurin.*, VII, VIII, part. II, pág. 21 y sig.). Además, el misal mozárabe, y Lanfranco en sus estatutos, llaman á los domingos que preceden á la Navidad, «los domingos antes del advenimiento», *dominicæ ante adventum*. Los himnos que San Ambrosio ha compuesto para la fiesta de Navidad, llevan título análogo: *De adventu Domini*. Conviene comprender bien este dato histórico, so pena de equivocarse con frecuencia leyendo á los Padres y á los demás escritores eclesiásticos de los primeros siglos.

Se cree, dice Grancolas (*Tratado del oficio divino*, v. 399), que el tiempo de Adviento empezó en Roma, y que no fué admitido en Francia sino después de recibido el rito romano, allá por el octavo ó noveno siglo. Por que los ayunos anotados en el Concilio de Tours en el año 567, y que debían preceder á Navidad, no indican más que el arreglo general de los ayunos que los monjes debían observar durante el año. Sin embargo, es sabido que el Concilio de Mâcon de 581, órdenó á todos los fieles ayunar, desde San Martín hasta Navidad, tres veces cada semana. San Gregorio de Tours, hablando de los ayunos del año, dispuestos por San Perpétuo, uno de sus predecesores, indica también tres veces en la semana durante el mismo espacio de tiempo.

Difícil es ocultar que estas disposiciones tienen por objeto santificar las semanas que preceden á la fiesta de Navidad; siguiéndose de aquí, que ya en el siglo VI esa práctica era de todo en todo semejante á la de nuestros días, con la severidad de los ayunos además. Pero el docto liturgista (ibíd., pág. 400) dice que esa práctica constituía una devoción particular entre los franceses, no usada en otras partes. El principio del ayuno en el día de San Martín, que se encuentra en todos los documentos de esa época, da cierto fundamento á esta aserción.

Como quiera que sea, el oficio de Adviento se encuentra en el Sacramentario de San Gregorio, indicándose en él que comprendía cinco domingos, *hebdomada quinta ante natale Domini*. Y Amalario asegura que esas cinco semanas estaban indicadas en todos los leccionarios y antifonarios que había leído (Amalario, libro II, *De offic.*, c. 40). En el misal ambrosiano son seis los domingos, siendo el primero el que sigue á la fiesta de San Martín.

Muchos é interesantes detalles sobre la liturgia de los tiempos de Adviento trae la obra de Grancolas, detalles que en este libro no tendrían objeto por corresponder en general á épocas posteriores. Nos limitaremos á citar una costumbre tan patética como antigua de la Iglesia de Marsella: durante el Adviento, después de maitines y antes de empezar los laudes, interrumpíase algún tiempo el oficio para suspirar *en la esperanza de salvación*. Todo el coro se ponia de rodillas y se cantaba solemnemente la antífona *Emitte agnum dominatorem terræ;* lo que seguia haciéndose hasta la víspera de Navidad.

AGAPAS. — 1.° La palabra *agapa*, en griego ἀγάπη, significa amor, caridad (Tertul., *Apolog.*, XXIX), y designa fraternales comidas que desde el tiempo de los Apóstoles (1 *Cor.*, XI, 20) se celebraban entre los fieles en ciertas circunstancias, cuyos detalles daremos más abajo.

Así como Nuestro Señor había instituído la Santa Eucaristía después de la cena, parece indudable que, en un principio, las agapas se celebraban antes de la comunión, como parecen indicarlo dos pasajes de las Actas de los Apóstoles (II, 46; XX, 11); esta costumbre se conservó durante varios siglos, al menos excepcionalmente, en la Iglesia de África (Aug. ep. 4 *Ad Jan. Conc. Carthag.*, III, can. 29), porque los Apóstoles mismos debieron reformarla á causa de los abusos (Chrys., *Hom.* XXVII.— Theophyl., *In* 1 *ad Cor.* XI. — Theodoret, *in eod. loc.*).

M. R. Rochette, aplicando aquí su sistema favorito, afirma (*Mém. des inscript. et bell.-lett.*, XIII, 138) que las agapas cristianas no son más que una simple imitación de las comidas fúnebres de los paganos. Por el contrario, es lo cierto que su origen se encuentra en las prácticas y las tradiciones de la Iglesia judaica. Entre los judíos, en efecto, se tenía la costumbre, después de la inhumación del cadáver, de servir una comida para alivio y consuelo de los «afligidos», y esta comida se llamaba «pan del dolor y cáliz del consuelo». (Ackermann, *Archeolo. bibl.*, § 206.) Testi-

monios formales tenemos en Jeremías (xv, 5, 7), Ezequiel (xxiv, 17), los *Proverbios* (xxxi, 6) y el *Deuteronomio* (xxvi, 15). En tiempo de los Apóstoles el uso de los banquetes fúnebres entre los judíos, alcanzó grado tal de suntuosidad, que con frecuencia los ricos se arruinaban, obligados como estaban por la costumbre á convidar al pueblo, so pena de pasar por hombres irreligiosos (Jos., *Bell. Jud.*, ii, l. 1).

2.º En las agapas cristianas no se servían únicamente pan y vino, sino también carnes, *epulas* y distintas especies de manjares: *Agapes nostræ pauperes pascunt sive frugibus sive carnibus*, dice San Agustín (*Cont. Faus*, xx, 20), porque eran los ricos los que, según la expresión de San Crisóstomo (Hom. xxii. *Oportet hæreses esse*), proporcionaban en estas santas reuniones *alimenta et edulia*, para los pobres y para ellos mismos. Tertuliano (*loc. laud.*) calificaba las agapas de costosas, al par que lucrativas, si se tiene en cuenta que gastar por piadosos motivos, es la mejor de las especulaciones.

En los primeros tiempos tenían lugar en el comedor de alguna casa particular, donde se reunían para la fracción del *pan* (*Act. loc. laud*). Algo más tarde, en la época de las persecuciones, se verificaban en los cementerios, junto á las tumbas de los mártires, y, por último, en las basílicas y en los oratorios (Theodoret. *Hist. eccl.*, iii., 15.—Evagr. *Hist. eccl.*, c. iii.—Cf. Baron. *An.* lvi., 109).—Mamachi, *Costumi. Christ.*, iii., 2.)

Se ha descubierto en 1865, en el cementerio de Domitila, una extensa sala rodeada de bancos, que era probablemente un *triclinium* para las agapas. Á un lado de esta sala había otra donde se encontraba el pozo y la fuente que servían en estos banquetes. M. De'Rossi ha dado (*Bullet.* Mayo 1865) el plano y la explicación de este edificio.

3.º Según la carta de San Ignacio á los Smirnianos (cap. viii), estas reuniones eran siempre presididas por los Apóstoles, después por los obispos ó los sacerdotes: *Non licitum est sine episcopo agapem facere*, «no está permitido celebrar la agapa sin el obispo.» Á esta saludable vigilancia debe, sobre todo, atribuirse la conservación de la caridad y de la sobriedad en estos sagrados festines: admirable espectáculo de que puede uno regocijarse hoy mismo leyendo en totalidad el capítulo xxxix del *Apologético* de Tertuliano. La más dulce unión reinaba allí entre todas las clases de la comunidad cristiana, fraternalmente confundidas, unión tan deseada por los sectarios de todos los tiempos, como nunca por ellos conseguida, porque el orgullo y la avaricia han ocupado en nuestra corrompida sociedad el puesto de la caridad y de la humildad.

4.º Las agapas se celebraban en tres circunstancias principales: 1.ª Con motivo de las fiestas de los mártires, *agapes natalitiæ*. Teodoreto (*Evang. verit.*, l. viii) da su descripción y hace notar la diferencia que existía entre los banquetes de la caridad cristiana y los que los paganos celebraban en honor de sus falsas divinidades. 2.ª Con motivo de los matrimonios, *agapes connubiales* (Greg. Naz., *Carm.*, x); los sacerdotes y los obispos eran convidados á ellos (*Conc. Neocæs.* can. vii), excepción hecha de los festines para celebrar las segundas nupcias. 3.ª Con motivo de los funerales, *agapas funerales*. San Paulino (*Epist.* xiii, 11) describe una comida dada por el senador Pammaquio á los pobres de Roma, para honrar los funerales de Paulina, hija de Santa Paula. 4.ª También tenían lugar las agapas el día de la dedicación de las iglesias; y San Gregorio el Magno nos dice (lib. i, ep. 14) cómo el había facilitado al diácono Pedro todo lo necesario para la agapa de la dedicación de un oratorio. La diferencia que existe entre las tres especies de agapas que acabamos de enumerar, se halla claramente explicada en un pasaje de las poesías de San Gregorio Nacianzeno (*Carm.* x, v. 67, 68) que podría traducirse de este modo: «Yo no tendría en cuenta para calificar los banquetes sagrados más que los *natalitia*, los funerales y las bodas.»

5.º La corrupción humana mancha cuanto toca, aun las cosas más sagradas; así sucedió desde el siglo iii, introduciéndose escandalosos abusos, en algunas localidades, en las agapas (Tertul., *De jejun.* xvii), aunque muy pronto el Concilio de Laodicea (c. xxviii) creyó deber prohibir esta clase de comidas en las iglesias. San Gregorio Nazianzeno (Carm. x) se levantó fuertemente contra los hábitos de intemperancia que en dichos festines se introdujeron. San Ambrosio los suprimió por completo en la Iglesia de Milán, según lo manifiesta San Agustín (*Confess.*, vi, 2), *ne ulla ocassio se ingurgitandi daretur ebriosis*. El mismo San Agustín, todavía simple sacerdote, decidió al obispo Valerio á imitar en Hipona la conducta del gran obispo de Milán (Epístola xxii *ad Aurel. episc.*), y á la carta con tal motivo escrita, se atribuye el canon trigésimo del Concilio de Cartago, por el cual se prohibió á todo clérigo ú obispo dar ó permitir ninguna comida en las iglesias, á menos que lo exigiera motivo tan poderoso como la hospitalidad ejercida con los viajeros. San Gregorio el Grande parece haber sido más indulgente: permitió las agapas en la dedicación de las iglesias, especialmente á los ingleses recién convertidos á la fe (*Epist.* lxxvi, lib. ii).

Aun en los tiempos de mayor fervor, esta costumbre dió lugar á las más atroces calumnias contra los cristianos. Se les acusaba de renovar, en secretas reuniones, los infames festines de Tiestes, y de entregarse á actos incestuosos. Los testimonios de los numerosos apologistas que han mencionado esa calumnia,

se hallan reunidos en la obra de Korthold *De calumn. pagan.*, c. xviii, páginas 157, 172). (Véase el artículo *Calumnias contra los primeros cristianos.*)

6.º En los cementerios romanos se encuentran pinturas y bajos relieves de sarcófagos que representan comidas que hasta hoy se habían tomado por agapas (Aringhi, t. ii, páginas 77, 83, 119, 185, 199, 267); pero los arqueólogos modernos rechazan tal explicación, y demuestran que se trata del festín celestial. En lo que tenemos que decir respecto á estos importantes monumentos, remitimos al lector al artículo *Representación de las comidas.*

Pero no podemos pasar en silencio, á propósito de las agapas, toda una clase de objetos que se refieren á ellas de directísima manera: tales son los vasos decorados encontrados, como se sabe, en gran número, en las catacumbas, y cuya mayor parte presentan símbolos y leyendas que parecen hacer alusión á las diversas especies de agapas usadas por los antiguos. Sea, por ejemplo, la figura 2 de la lámina xix de Buonarruoti.

Vese en ella un figura varonil, de pie, vestida con el *pallium* y que lleva en la mano un volumen arrollado. El personaje es San Lorenzo, según testifica la leyenda: Victor vivas, por Bibas in nomine lavreti (*sic*), «¡Víctor, *bebe* en nombre de Lorenzo!» Es indudable que la copa fué hecha para servir en las agapas que se celebraban anualmente en Roma el día del natalicio de este mártir, el cual tenía su vigilia (Greg. *Sacram.* ed. Menard, p. 119) y tres misas, y además sus vísperas, que, como nos dice San Paulino (*Nat.* ix, *S. Fel.*), terminaban con una comida (véase el artículo *Fondos de copas*).

La aclamación que acabamos de citar era la que se pronunciaba bebiendo en honor del Santo, lo que se llamaba *propinare* (véase esta palabra) (Grec. Naz. orat. i, *Contra Julian*). Otro vaso (Buon., xx, 22), que lleva los nombres del mismo San Lorenzo y de San Cipriano, había servido probablemente en las agapas conmemorativas de la festividad de estos dos Santos. La prueba de esto se encuentra en estas palabras de la leyenda: Semper refrigeris (*sic*) in pace dei, «tú te has fortalecido en la paz de Dios»; la palabra *refrigerium* expresa con frecuencia el objeto del festín y aun de la agapa en el lenguaje de los Padres (Tertul). *Apol. loc. laud.*, y nuestro artículo *Refrigerium*. La mayor parte de los vasos que ofrecen símbolos relativos á la resurrección, fueron empleados en las agapas fúnebres, y los

que representan dos esposos en pie (tab. xxi, 3) ó en busto (tab. xxiv), en las agapas matrimoniales. He aquí uno que pertenece al gabinete de medallas de la Biblioteca Nacional de París (véase Perret, *Catac.* iv.—lxvi, 47). (Véanse los artículos *Comidas* y *Fondos de copas.*)

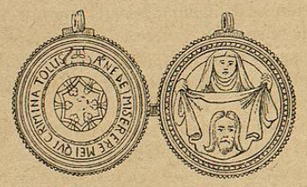
Además de los autores que hemos citado, se consultará con fruto la obra de Drescher *De veterum christianorum agapis*. Giessæ, 1824, en 8.º

AGNUS DEI. — Se designan con este nombre ciertas bolas ó ciertos medallones de cera que tienen grabada la figura de un cordero que lleva la cruz-estandarte. En un principio se estableció la costumbre de tomar simplemente en el día de la octava de Pascuas los restos del cirio pascual, bendito el Sábado Santo del año anterior, y dividido en pequeños fragmentos que se distribuían al pueblo. Los fieles se servían de ellos para la fumigación de sus casas, de sus campos, en la piadosa confianza de conjurar así los lazos tendidos por el demonio, desviar el rayo y calmar la tempestad (Alcuin., *De div. offic.*, c. XIX.— Amalar, l. I, c. 17).

En Roma, en vez de servirse únicamente de los restos del cirio pascual, el arcediano bendecía, en el día citado, cera mezclada con aceite, y con esta mezcla modelaba medallones que llevaban la imagen del cordero (Murat., *Liturg. Rom. vet.*, pág 1.005). Estos medallones, que tomaron naturalmente el nombre de *Agnus Dei*, eran depositados en un lugar decente hasta el domingo *in albis depositis*, en el cual se hacía la distribución, después de la comunión de la misa, al pueblo, y especialmente á los recién bautizados (Durand., *Ration*, l. VI, c. 79). Hoy esta bendición está reservada al Papa, teniendo lugar el primer año de cada pontificado, y después cada siete años.

En su forma primitiva, los *Agnus Dei* son contemporáneos del cirio pascual, es decir, proceden á lo menos del siglo IV (véase el artículo *Cirio pascual*); pero como medallones adornados con la imagen del cordero, no es posible llevar su origen más allá del siglo VI. El *Agnus Dei* que puede citarse como más antiguo, es uno que figuraba entre los regalos que San Gregorio el Grande envió á Teodelinda, reina de los Lombardos (Frisi, *Memorie. di Monza*; t. I, pág. 34). También había uno en la tumba de Flavio Clemente (De Vitry, *Tit. Flav. Clem. tum. ap. Calog.*, t. XXXIII, pág. 280); pero es probable que hubiese sido puesto con motivo de la traslación de las reliquias de este mártir, esto es, hacia el siglo VII.

Los textos no nos autorizan para referir esta costumbre á una época más remota. En los siglos de fe, los *Agnus Dei* eran objeto de gran veneración: ó se envolvían en preciosas



telas, ó bien se guardaban en pequeños relicarios de oro ó de plata. Damos aquí, tomado de Paciaudi, uno de esos relicarios, que se cree pertenece al siglo VIII ó IX. En una cara está representada la santa faz, en la otra tiene escrita la leyenda: *Agne Dei miserere mei qvi crimina tollis*. La misma leyenda se ve en un *Agnus Dei* de Carlo Magno, conservado todavía hoy en el tesoro de Aix-la-Chapelle: este monumento se ha publicado con su cofrecito en las *Misceláneas de Arqueología* (vol. I, pl. XIX, fig. D). (Véase, para más detalles, nuestra *Notice sur les* AGNUS DEI, á continuación de nuestro *Etud. archeol. sur l'agneau et le Bon Pasteur*, pág. 88. Mâcon, 1860.)

AGUA BAUTISMAL. — I. Desde la más alta antigüedad ha sido costumbre en la Iglesia latina, como en la Iglesia griega, bendecir solemnemente el agua que debe servir en la administración del bautismo; y esto sucede así, si hemos de creer á San Basilio (*De Spirit. Sanct.*, c. XXVII, edit. Mourinorum. París, 1730), «según una tradición oculta y secreta proveniente de los Apóstoles.» Cítase, en efecto, en apoyo de esta opinión, un ejemplo que se relacionaría mucho con el origen mismo del Cristianismo: tal es el de San Cayo, tercer obispo de Milán y discípulo del apóstol San Bernabé, que pasa por haber bautizado á los mártires San Gervasio y San Protasio (Galván, *Hist. S. Caii.*, c. 231. Cf. Vicecom., *De antiq. Bapt. rit.*, pág. 64). «Este santo Obispo, dice su biógrafo, se acercó en la festividad de Pascua á las sagradas pilas situadas junto á la iglesia de los Tres Reyes, é hincado de rodillas, bendijo la pila, entonando himnos y cánticos; y habiendo invocado la gracia del Espíritu Santo, consagró el bautisterio, y durante todo el tiempo pascual bautizó á los senadores y cónsules de la ciudad.»

La autoridad de San Dionisio Areopagita (*De eccl. hierarch.* cap. *De Bapt.*) y la de Tertuliano (*De Bapt.* IV) son las primeras que fijan el hecho. «Las aguas, dice el último, sirven en el sacramento de la santificación: cuando se ha invocado el nombre de Dios sobre ellas, entonces el Espíritu Santo desciende del cielo y se halla presente en las aguas para santificarlas, para comunicarles su virtud y santificar á los que en ellas son lavados.» Pero la más evidente de todas es la de San Cipriano (*Epist.* LXX *ad Januar.*): «Es preciso, desde luego, que el agua sea purificada y santificada por el obispo (*sacerdote*), á fin de que pueda por el bautismo lavar los pecados del que se bautiza», *ut possit baptismo suo peccata hominis qui baptizatur abluere*. En otra parte, hablando de los Santos Inocentes que derramaron su sangre por Jesucristo antes de conocerlo, dice el mismo Padre que, bautizados en su sangre, revelaron así á la posteridad una forma del bautismo, «según la cual, la sangre vertida no es menos eficaz para purificar el alma que las aguas santificadas por las sagradas palabras, *non minus ad lavacrum animæ sangui-*

nem efficacem, quam santificatas verbis solemnibus aquas.

Las Constituciones apostólicas, que, si bien se fijan en una fecha algo incierta, son, sin embargo, según la opinión común, el órgano de las tradiciones primitivas, contienen ya (l. VII, c. 43) una fórmula para bendecir las fuentes: es una súplica dirigida al Espíritu Santo: «Desciende del cielo y santifica esta agua, gracia y virtud de Dios, á fin de que el que sea bautizado según el mandato de tu Cristo, sea crucificado con él, y con el muera, sea sepultado y resucite.»

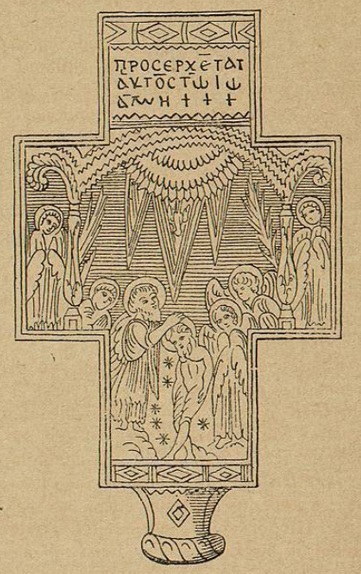
En su canon 68 el primer concilio de Nicea menciona también esa costumbre, y todavía pudieran citarse en su apoyo innumerables textos de los Padres del siglo IV y de los siguientes. Así, San Crisóstomo, aludiendo á ella, manifiesta «que la virtud comunicada de tal modo al agua, no procede del sacerdote que la consagra, sino de Dios que le ha confiado ese ministerio». San Optato Milevitano (*Lib. contr. Parmenian*) llama «Santa» al agua bautismal, no sólo porque ella santifica al hombre borrando sus pecados, sino, sobre todo, porque ella misma ha sido «santificada» por las bendiciones de la Iglesia: esta interpretación resulta evidentemente del texto (véase también á San Basilio (*In psalm.* 28), San Gregorio de Nisa (*De Bapt.*), Teófilo de Alejandría (*Epist. ad episc. Egypt.*). Copiemos textualmente el testimonio de San Agustín (l. III. *De unic. Bapt.*): «No es profana ni impura el agua sobre la cual se ha invocado el nombre de Dios, aun cuando haya sido invocado por profanos y adúlteros», *non ut aqua profana neque adultera super quam Dei nomen invocatur, etsi a profanis et adulteris invocetur.*

II Los ritos que se observaban para la bendición de las pilas, son, poco más ó menos, los mismos que se practican hoy. He aquí los principales:

1.° Los exorcismos, para purificarlas de la influencia del espíritu de las tinieblas. «Que nadie, dice Tertuliano (*De Bapt.*, c. V), se resista á creer que el santo ángel de Dios desciende sobre las aguas para comunicarles una virtud saludable al hombre, cuando el ángel malo visita con frecuencia este elemento, profanándolo con su contacto para perder al hombre», *ne quis durius credat angelum Dei sanctum aquis in salutem hominis temperandis adesse cum angelus malus profanum commercium ejusdem elementi in perniciem hominis frequentat.*

2.° El obispo ó el sacerdote hacía una cruz sobre las pilas, á un tiempo con su soplo y con la mano: *Insuflat in ipsam aquam in similitudinem crucis* (Berold. *De sabb. sanct.* Cf. Vicecom., pág. 73),—*hic cum manu sua aquam in modum crucis*, dice el Sacramentario de San Gregorio (*De Sabbat. Pasch.*). En esta parte, apenas difieren los ritos antiguos de los griegos de los de la Iglesia latina. Los griegos, los sirios y los coptos, en lugar de describir la figura de la cruz sobre las pilas, sumergen en ella tres veces una cruz de madera, invocando á Jesucristo, después á San Juan Bautista y á todos los Santos, á fin de que baje del cielo una virtud que haga huir á los demonios, que conjure las enfermedades, los hechizos y las funestas influencias del espíritu maligno (véase Paciaudi, *Antiq. Christ. Dissert.* II, c. 6); y más tarde pensaron los griegos sustituir la cruz con una estatua del Niño Jesús. (Véase Pagi. *Criti. hist. ad an.* XXIX, § 7).

Paciaudi (*loc. laud.*) da el dibujo de una



de estas cruces: es de boj, y en el centro está esculpido el bautismo de Nuestro Señor por San Juan Bautista.

En la parte superior de esta cruz está trazada la inscripción siguiente, en griego:

ΠΡΟΣΕΡΧΕΤΑΙ ΑΥΤΟΣ ΤΩ ΙΩΑΝΝΗ

Accesit ipse (*Jesus*) *ad Joannem.* Este es un tipo hierático, y el derecho de hacer estas cruces pertenece á los monjes del monte Athos, que con ellas consiguieron los recursos necesarios para alimentarse y vestirse (Johan. Comnen. *Descript. mont. Ath.* ap. Montfaucon. *Palæograph.*, l. VII).

3.° Se sumergía tres veces un cirio (el cirio pascual) en las pilas, diciendo: *Descendat in hanc plenitudinem fontis virtus Spiritus sancti.* Esto recuerda la nube ó columna alternativamente luminosa y obscura que guiaba á los hebreos en el desierto (*Exod.*, XIII, 21). (Véase nuestra disertación sobre los *Agnus Dei*, III.)

4.º Por último, se derramaba en el agua bautismal, en tres distintas veces, el crisma solemnemente consagrado: *Trina unguenti perfusione crucis specie posuit (sacerdos)* (Dionys. Areop., *De eccl. hierarch.*, c. *De Bapt)*. San Euquerio hace constar el mismo hecho, así como Hincmaro de Reims (Cf. Vicecom, página 77).

III.—La bendición de las pilas tenía lugar, como hoy todavía, el sábado de Pascua de Resurrección y el de la de Pentecostés. En la Iglesia griega se hacía desde un principio la víspera de la Epifanía á media noche (Chrysost., *Homil. de bapt. Christi*). Pedro Foulon, arzobispo de Antioquía, decretó que la ceremonia se anticiparía hasta la hora de vísperas de la vigilia (Theodor., *Sect. exempt. hist. eccl.*, l. II), y finalmente, prevaleció la costumbre de bendecir el agua el mismo día de la Epifanía, según la liturgia (Thom. Smith, *De statu hodierno Ecclesiæ græcæ*). Puede deducirse de una anécdota referida por Víctor de Utica (*De persecut. Vandalic.*, l. II), que esa ceremonia se verificaba del mismo modo en la Iglesia de Cartago desde los tiempos antiguos.

Visconti asegura (cap. XVI), aunque confesando que la cosa le parecía muy extraordinaria, que el prelado ó sacerdote que bendecían las pilas se colocaban en la misma agua. Pero esto es, pensamos nosotros, una falsa interpretación del texto de San Ambrosio, el cual, según confesión del liturgista, es el único que puede citar en apoyo de su aserción, á lo menos respecto á la Iglesia latina (Sacram., l. I, c. I): *Ubi primum descendit sacerdos, exorcismum facit.* Estas palabras deben explicarse por los datos que nos facilitan el orden romano y San Isidoro de Sevilla (*De divin. offic.*. I, 24), y por los cuales sabemos que había tres escalones para bajar á la pila, y otros tres para salir de ella. San Isidoro agrega todavía que había un séptimo escalón donde se colocaba el ministro del bautismo. Las palabras *descendit sacerdos* tienen aquí su interpretación natural: el prelado bajaba al interior de la cuba ó pila, y, como para la administración del bautismo, se colocaba sobre uno de los escalones y al nivel del agua, de modo que pudiera con comodidad practicar las ceremonias del ritual. El texto que Visconti cita para admitir que los etíopes observaban también el rito que él señala, no prueba más que el de San Ambrosio: supone tan sólo que el ministro bajaba al interior de las pilas; *descendit in fontem.*

Como los bautisterios eran muy espaciosos (véase el artículo *Bautisterios*, IV) podían recibir perfectamente los numerosos fieles que la piedad atraía siempre á la bendición de las pilas; y terminada la ceremonia, el ministro rociaba al pueblo con el agua consagrada: *Spargit cum manu sua..... super omnem populum circunstantem* (*Ord. Rom. De sabb. sanct.*). Lo mismo se hacía entre los griegos: *Post sanctificationem aspergit totum populum* (Eucolog.). Finalmente, los fieles llevaban á sus casas esta agua consagrada con objeto de rociar con ella sus campos y sus viñas (véase *Ord. Rom. loc .laud.*— Rupert., *De divin. offic.*, l. VII, c. 20, etc.). San Gregorio de Tours lo atestigua con detalles relativos á España (*De glor. MM.*, c. XXIV): *Omnis populus pro devotione haurit, et vas plenum donis pro salvatione reportat, agros vineasque aspersione saluberrimo tutaturus.*

Esta costumbre, que se ha conservado hasta nuestros días en toda la Iglesia católica, existía también entre los orientales. Los armenios tienen asimismo una fórmula de bendición del agua bautismal, en la cual se expresan sus usos accesorios (Johan. Coccius., ap. Vicecom., p. 89): *Hanc aquam, præparatam multiplici usui, benedic per infusionem gratiæ tuæ, ad effugandos dæmones, ad pellendos morbos, et ad omnia quæ resperserit, in domibus et locis christianorum mundanda.*

AGUA BENDITA. —I. Creen algunos anticuarios que los cristianos han tomado de los judíos el uso del agua bendita ó *lustral*, de que se habla en el libro de los *Números* (XIX). Lo cierto es que desde los primeros siglos sirviéronse los fieles del agua bendita «para poner en fuga al demonio, curar las enfermedades, evitar las asechanzas», *ad fugandos dæmones, morbos expellendos, insidias profligandas* (*Constit. apost.*, VIII, 29), y los antiguos historiadores, así como los Padres, refieren multitud de milagros hechos por mediación del agua bendita (Théodoret, *Hist. eccl.*, V, 21.—Epiphan., *In hæres. Ebionit.*, l. I.—Hieron., *In vit. Hilarion*, etc.). Había agua bendita en las iglesias y los fieles la tenían también en sus casas. Respecto á las iglesias se ha creído, á veces, que no había en ellas otra agua que la del *atrium*, destinada á lavarse las manos; pero infundada es tal suposición: una prueba, entre otras muchas, tenemos en Sinesio, autor de una carta (Epist. CXXI) dirigida á un tal Anastasio, á quien llama ὑδρομύστην, nombre que designaba un sacerdote ú otro clérigo en las órdenes mayores, el cual estaba encargado de rociar el agua bendita sobre las personas que entraban y salían en la iglesia (véase también á San Paulin. Nol., *Epist.* IX, *De S. Felice*). Sin embargo, es lo cierto que el *mallucium* fué el origen del agua bendita.

Que los cristianos conservaban agua bendita en sus casas, se sabe por el testimonio de Théodoreto (*Hist. rel.*, VIII), de Beda (*Hist. eccl.*, V. 4) y algunos otros. También la ponían en las tumbas; varios vasos de cristal ó de arcilla que en ellas se encuentran estaban destinados á ese uso (Lupi, *Dissert. é lett.*, I, 76). Desde los primeros siglos la bendición del agua se hacía por el obispo, acompañado de un sacerdote y de un diácono (*Constit. apost.*, VIII, 29).

En cuanto á la sal que se echa en el agua que ha de bendecirse, se ha dicho que se habló de ella por primera vez entre los escritores del siglo VIII (Durant., *De rit. eccl.*, I, 21). Pero esto es erróneo: esa mezcla fué ordenada á principios del siglo II por el Papa San Alejandro: *Hic constituit*, dice el libro pontifical, *aquam aspersionis cum sale benedici in habitaculis hominum* (Anastas., VII, 5). Las *Constituciones apostólicas* (III, 19) contienen la siguiente fórmula de bendición, que expresa los tres principales efectos atribuídos al agua bendita: *Ipse (Deus) nunc per Christum sanctifica hanc aquam..... da vim.....dæmonum fugatricem, morborum expultricem et omnium insidiarum profligatricem.* Las fórmulas empleadas hoy por la Iglesia, y que son más extensas, datan del siglo VIII, como lo vemos en los sacramentarios de esa época coleccionados por Marténe, Mabillon, etc.

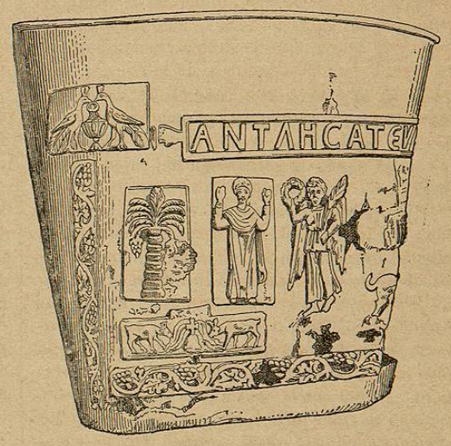
II. Boldetti (pág. 16) asegura haber visto en las catacumbas ciertos vasos, conchas esféricas en mármol ó en tierra cocida, y aun en cristal, como la que se encontró en el cementerio de Pretextato en 1718, fijados sobre una columna al alcance de la mano. Una columna de este género, que se supone haber servido de pie á una pila de agua bendita, existe en un cementerio de los primeros siglos, en Chiusi, en Toscana (Cavedoni, *Cimit. Chius.*, pág. 20), á la entrada de una capilla subterránea. Recientemente se ha encontrado en Autun una inscripción que habría pertenecido, según las apariencias, á una antigua pila de agua bendita ó á uno de esos vasos que, destinados á la ablución, figuraban á la entrada de las primeras basílicas:

ΝΙΦΟΝ ΑΝΟΜΗΜΑΤΑ ΜΗ ΜΟΝΑΝ ΟΦΙΝ

que puede traducirse: *Lava iniquitates, non solam faciem*, «lava tus iniquidades y no sólo tu rostro», ofreciendo la particularidad de que resulta la misma inscripción leída en sentido inverso. Sin duda esta fórmula fué consagrada por la Iglesia griega, puesto que se encuentra en un vaso descubierto en Constantinopla en el siglo último (véase Rosweid, *Not. ad S. Paulin*, edit. Migne, p. 850), en los propíleos de la iglesia de San Diomedes. Pero aquí la inscripción es más correcta: las palabras **ΝΙΦΟΝ** y **ΟΦΙΝ** están escritas con su verdadera ortografía: **ΝΙΨΟΝ** y **ΟΨΙΝ.** He ahí la reproducción de una bella urna de mármol de Paros, que los venecianos habían traído de Grecia en la época de su dominación en el Archipiélago, y que hoy se encuentra en la iglesia de los Santos Marcos y Andrés en la isla de Murano. Lleva como inscripción el v. 3 del cap. XII de Isaías.— **+ ΑΝΤΛΗΣΑΤΑΙ ΥΔΩΡ ΜΕΤΑ ΕΥΦΡΟΣΥΝΗΣ ΟΤΙ ΦΩΝΗ ΚΥ ΕΠΙ ΤΩΝ ΥΔΑΤΩΝ,—** *Haurite aquam cum gaudio, quia vox Domini super aquas* (Paciaudi, *De balneis*, pág. 141).

Gori (*Thesaur vet. Diptych.*, t. III, sup. pl. XXV) ha publicado un precioso vaso de marfil, que no es más que una pila de agua bendita portátil. En él figuran, en bajo relieve, la Santa Familia y los cuatro evangelistas.

Pero dichosos nosotros que podemos dar á continuación un monumento de este género,



que ofrece mayor interés aún, ya por su procedencia, ya por los objetos que le enriquecen. Es un vaso de plomo encontrado en la Regencia de Túnez, y cuyo destino lo precisa la ins-